

SER VIDUMBRE Y GRANDEZA DE

LA «derrota histórica» que debe arrojar a Goldwater al infierno del olvido se ha producido puntualmente con arreglo a todos los pronósticos serios. Nunca —dicen los cronistas— se ha manifestado con tanta claridad el voto popular en los Estados Unidos, nunca un Presidente ha tenido tanta facilidad para gobernar, nunca la Casa Blanca ha estado respaldada por tan aplastante mayoría en el Senado, en la Cámara de Representantes. El partido de la oposición se desmigaja, sus dirigentes se culpan mutuamente de la desgracia: hay pronósticos que dicen que tardará veinte años en rehacerse. Se asegura que nunca más va a volverse a hablar del general Goldwater, que quedará en la pequeña historia como una figura pintoresca y rabiosa que consiguió suministrar a su país, y al mundo, una considerable pesadilla durante varios meses. Se afirma también que, por primera vez, el pueblo americano ha tenido que elegir entre dos filosofías políticas: una de ellas, la de la «Great Society», presentada por Johnson, ofrecía la lucha contra la pobreza, el aumento del nivel cultural, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la coexistencia pacífica, la lucha contra la amenaza atómica, el saldo de la posguerra; mientras que la otra exigía la continuación de la tensión y del peligro, la militarización del país, la hegemonía sobre los aliados, la ruptura con las diversas corrientes del pensamiento mundial. En este dilema, se dice, el pueblo de los Estados Unidos ha adoptado la buena solución; y esto es cierto.

De todo este saldo a favor que arrojan las elecciones y que, en general, registra el mundo con satisfacción, con una unidad de pensamiento que pocas veces se consigue, yo no puedo evitar que me quede un cierto malestar. Me es difícil borrar la impresión de que más de veinticinco millones de personas, un 38 por 100 del electorado, hayan elegido a Goldwater. No puedo dejar de pensar en que sin duda entre las personas que han votado por el general Goldwater figura una mayoría muy importante de militares del Pentágono, de jefes de la C. I. A., del F. B. I.; que han debido votar por él los grandes «lobbies» y también los grandes «gangsters», que Jimmy Hoffa y sus amigos estaban tras el hombre de Arizona. No puedo olvidar de ninguna forma el peso que en la dirección de los Estados Unidos tienen todas estas fuerzas. Me es difícil no recordar en estos momentos que el primer hombre que estableció una nueva frontera en el país, que rompió el hielo de la posguerra, que tendió una mano hacia sus hermanos de

otras razas, que decidió que el diálogo era mejor que la bomba, fue el Presidente Kennedy. Y que el Presidente Kennedy murió de una manera misteriosa, asesinado en el momento en que con más energía dirigía su lucha. No es que yo pronostique un final semejante para el Presidente Johnson, ni siquiera puedo pararme a pensar en una eventualidad tan absurda; solamente quiero señalar que la derrota electoral no priva más que de una parte de su fuerza a los enemigos de esa política.

NO hay duda de que estas elecciones las ha ganado Kennedy después de muerto. En el mismo minuto de su triunfo, el Presidente Johnson no vaciló en proclamarlo así: «Yo sé que esta victoria es más que la victoria de un partido o un individuo. Es todo un homenaje al programa emprendido por nuestro querido Presidente John Fitzgerald Kennedy» (discurso de Austin, Tejas, 4 de noviembre). Si se pudieran analizar todos los votos expresados en favor del partido demócrata encontraríamos, sin duda, que una mínima parte eran a favor del partido demócrata como tal, una parte considerablemente mayor eran votos negativos, votos contra Goldwater —incluso «votos de mal menor», y todos los demás eran votos a favor del Presidente Kennedy, votos de, digamos, desagravio por su muerte brutal, votos por su «nueva frontera», por su programa. Puede pensarse qué relación tiene el Presidente Johnson con toda esta masa electoral si no es la del azar que le ha llevado a ser un símbolo, una representación. En esta falta de personalidad real está una de las grandes debilidades de este enorme triunfo. Johnson era un ilustre desconocido —salvo de los medios puramente políticos— el día dramático en que prestó juramento a bordo de un avión y este año transcurrido desde entonces apenas le ha dado tiempo a desplegar y a aclarar su personalidad. Un año pre-electoral, en las condiciones de improvisación en que ha tenido que conducirlo Lyndon B. Johnson, no cuenta nunca realmente en la vida de un político: es un año de compromisos. Ninguno de estos elementos que apunto tiene valor peyorativo: tienden solamente a explicar que Johnson está aún inédito como Presidente de los Estados Unidos y que es a partir de ahora cuando se le podrá juzgar, cuando se podrá medir su alcance y sus posibili-

Como era de esperar, el 99 por ciento de los votos de la población negra fue a parar al candidato demócrata, que sostenía la ley de los derechos civiles y la integración racial. La foto muestra un momento de la votación en la escuela de enseñanza media «Julia Ward Howe», situada en el Harlem neoyorquino, escenario hace unos meses de sangrientas violencias.



UNA VICTORIA

dades dentro de las nuevas limitaciones de su poder. Un Presidente de los Estados Unidos tiene hoy en sus manos un país más difícil de gobernar del que tuvieron, por ejemplo, Eisenhower o Truman; al mismo tiempo, sus aliados occidentales son también más remisos, más difíciles para aceptar la hegemonía. Y el poder militar del «mundo de enfrente» es mayor, cada vez mayor. Ante todas estas pruebas veros, seguramente, el crecimiento de la figura de Johnson. El cargo, la inmensa responsabilidad —desaparecido Kruschef, Johnson tiene hoy en sus manos la mayor responsabilidad del mundo que pueda reunir un solo hombre— y el año de experiencia en la Casa Blanca puede hacer de él lo que no era antes del crimen de Dallas: un gran hombre.

EN este sentido puede decirse que Johnson tiene la suerte de poseer una doctrina política hecha, y las tendencias de su país marcadas claramente por el voto del 3 de noviembre, que la «Pravda» de Moscú consideraba (5 de noviembre) como «un referéndum en favor de la paz». Precisamente por el hecho cierto de que por primera vez las elecciones presidenciales en los Estados Unidos señalaban la oposición entre dos filosofías políticas, Lyndon B. Johnson se encuentra con que tiene entre las manos una opinión pública clara y concreta. Tan hábil político profesional como es no cabe duda de que advertirá esta situación fundamental. En este caso su diferencia con Goldwater es esencial. Puede decirse que si Goldwater hubiese ganado las elecciones podría enorgullecerse de haber sido él el creador de un estado de opinión, de una filosofía política; de haber recogido a los descontentos del país y haberles dado por sí mismo un denominador común. Por lo tanto, su manera de actuar sería la de seguir creando esa opinión, seguir convenciendo al pueblo de su propia verdad. Johnson, en cambio, tiene que incorporarse la verdad del pueblo; no ha creado una opinión, sino que la ha tomado del país. Debe, por lo tanto, seguir esa corriente popular y limitarse a encauzarla, sin tratar de reformarla o de torcerla. No sé si soy capaz de explicar bien esta diferencia, pero me parece fundamental. Y es fundamental porque está incluida en la gran tendencia que enriquece nuestro tiempo y que es la nueva fuerza de la opinión pública, que puede ligarse directamente con la aparición de la amenaza atómica. Esto es: amenazada de desaparición la humanidad por el peligro atómico, las grandes masas del mundo, fortalecidas por el crecimiento demográfico continuo, dejan de confiar en las democracias falseadas y, desde luego, en los totalitarismos y presionan cada vez con más fuerza sobre los mecanismos de gobierno para que sus necesidades prevalezcan. Es curioso que sea precisamente en los momentos en que todos los gobiernos del mundo disponen de mayores y mejores medios de encauzar la opinión pública —la radio, la televisión, la prensa, las agencias informativas— cuando se produzca esto que Ortega llamó «La rebelión de las masas» y que contra la suposición del gran profeta español —y de muchos de sus seguidores actuales, sobre todo en el mundo universitario alemán— esta aparición de las masas no conduzca a la mediocridad, al rebaño, a la ceguera, sino justamente a un enriquecimiento de toda clase de valores y a la posibilidad del diálogo en su mejor sentido, en el sentido de productor de luz. No es un azar que una institución de la secular sabiduría de la Iglesia lo haya percibido así desde hace ya años: la lectura atenta de los debates del Concilio supone una lección de respeto «en la cumbre» a la opinión pública y al diálogo.

NO otro sentido tienen los acontecimientos que se están desarrollando en Moscú y que han producido la sorpresa, el jueves de la semana pasada, de la presencia de Chu-En-Lai en la capital soviética, al frente de una importante delegación china, y de las conversaciones que se han desarrollado con el pretexto de las fiestas del aniversario



Por E.
HARO
TECLEN

En Hartford (Connecticut), como en el resto del país, la campaña presidencial de L. B. J. se desarrolló entre el entusiasmo popular, siendo numerosos los negros que se mezclaron a la población blanca para escuchar al Presidente.

sario de la revolución de octubre —que se celebra en noviembre porque una reforma posterior del calendario ha desplazado la efemerides—. Otros países «dudosos» —Corea del Norte, Vietnam— han enviado también sus representantes a Moscú. La composición de la delegación china es especialmente reveladora. Además de Chu-En-Lai, que es presidente del Consejo, y representa al Gobierno de su país y al mismo tiempo al partido comunista chino, aparecen Kan Sheng, que ha vivido cinco años en Moscú; Wu-Hsiu-Chuan, que pasó en la U. R. S. S. diez años y que ha sido embajador en Yugoslavia; Pan-Chu-Li, embajador de China en Moscú; Liu Hsiao, antiguo embajador en Moscú y especialista en asuntos soviéticos. Es decir, que no se trata de una delegación de compromiso, sino que parece «que Chu-En-Lai y su delegación estarán habilitados para tratar en Moscú con categoría de plenipotenciarios las cuestiones ideológicas más importantes» (telegrama de la Agencia France-Press, 5 de noviembre). Para llegar a este hecho Moscú ha tenido que pasar, sin duda, por varias etapas de revisión y no ha sido menor la lección de los partidos comunistas del mundo, y muy especial la de los Italianos, acudiendo a Moscú a pedir explicaciones por la desaparición de Kruschef y declarando al regreso a su país, públicamente, su insatisfacción por las explicaciones suministradas. Es decir, que Moscú ha advertido ahora, como oficialmente lo advirtió ya en el XX y en el XXII Congreso, que la unidad del mundo comunista debe buscarla por el diálogo, por el contraste de opiniones, por la apertura a las «cien flores y las cien escuelas» que precisamente eran los comunistas chinos los que proclamaban antes de cerrarse sobre sí mismos.

Los diálogos de Moscú no significan que la posición soviética y la posición china se hayan aproximado: los problemas ideológicos subsisten. El secreto de estos encuentros consiste en saber cómo pueden subsistir unidos, cómo pueden fecundarse el uno al otro, de la misma forma en que se han fecundado mutuamente, por la coexistencia, el capitalismo y el comunismo y están ahora perdiendo su cáscara, su corteza dura, para ofrecer lo que tienen de mejor.

Si todos estos datos se confirman, se confirmará también que la nueva apertura de Moscú se basa en lo que hace un par de semanas se llamaba en estas páginas «la doble coexistencia».

EN cuanto al problema de saber si la evicción de Kruschef ha sido justa o no, de saber si los errores que se le achacan eran exclusivamente suyos o si se le ha hecho víctima propiciatoria de toda una política de la U. R. S. S. que ha caducado, es puramente sentimental y, por lo tanto, ahistórico. Sin dejar por ello de ser doloroso y sin dejar de ser inquietante la forma en que se ha procedido. El hecho es que el mismo día en que los Estados Unidos rechazaban el «monolitismo» del general Goldwater, Moscú daba muestras de renunciar a su propio monolitismo. Estas corrientes parecen hoy irreversibles.